

¿QUE PASA EN LA ARGENTINA?

En doce meses, deposición de un presidente de la República, cinco revoluciones armadas, cuatro ministros de Asuntos Exteriores, tres de Economía, media docena de secretarios de Guerra y depreciación de la moneda de 83 a 150 unidades por dólar. ¿Qué pasa en la Argentina?

El origen inmediato de todo fueron unas elecciones mal calculadas. Mal calculadas por el Gobierno, que creyó triunfar despreciando la potencia electoral de una oposición que se reveló poderosísima y que de hecho demostró ser la mayor minoría del país. El descubrimiento de tan inesperada verdad puso en pocas horas en conmoción a las fuerzas armadas, que exigieron del presidente de la República la anulación de los comicios por considerar que su resultado equivalía a restaurar en el Poder a las fuerzas que habían sido depuestas con ocasión de la llamada Revolución Libertadora. Consentirlo hubiera equivalido a dar por inexistente tal revolución y las consecuencias de ella derivadas, principalmente la proscripción del peronismo.

Pero el descubrimiento desilusionador del poder real del peronismo constituyó un aldabonazo demasiado serio para que sus enemigos contemplaran en silencio su renacer. La consecuencia fué la deposición de Frondizi y el establecimiento de un gobierno *de facto* encargado al doctor Guido, gobernante en precario de un país cuyos altibajos marcarán, en definitiva, la pauta que habrá de seguir fatalmente el continente suramericano. Porque la gravitación de lo argentino en el continente es de tal magnitud que no puede compararse con el caso peruano, ni siquiera venezolano, ni, por supuesto, cubano. Aislar el problema de Cuba es relativamente factible, pero ¿quién aislaría una Argentina que desapareciese por escotillón tras una cortina de hierro más o menos aparente?

Hoy por hoy el problema no se plantea. Argentina carece de un problema comunista de envergadura y los elementos comunistoides están bastante divi-

didos entre sí, aquejados unos de castrismo, otros con vagas tendencias filochinas y todos ellos sin arrastre en el país. Sin arrastre porque los elementos que pudieran derivar hacia el comunismo son—repito, hoy por hoy—peronistas, o se envuelven en el poncho peronista como única manera de continuar arrastrando una vida precaria, ya que la masa argentina, peronista o no, no es comunista. Tiene ante ella objetivos más cercanos, más inmediatos con cuya nostalgia se alimenta. Y digo nostalgia, porque lo que mueve a grandes sectores de la opinión peronista es un vago recuerdo de tiempos que considera mejores, tal vez porque los tiempos pasados siempre son mejores.

Pero no todo es nostalgia. Hay el hecho real de una profunda crisis económico-social que empuja a sus víctimas hacia el peronismo, crisis que en otros países empujaría a esas mismas víctimas hacia el campo comunista. Quizá convendría al llegar a este punto meditar seriamente en lo que la Argentina debe al peronismo como elemento que ha servido para impedir el vuelco hacia un marxismo sin concesiones. El peronismo, quizá, ha dado un contenido nacional a las aspiraciones de una masa que, como es normal esperar en países de inmigración, fácilmente propende a ser víctima del canto de sirena de las internacionales de todos los colores. La consecuencia de pura lógica—lo que no quiere decir que irremediablemente corresponda a la realidad—es llegar a la conclusión de que la presencia del peronismo es la única barrera que separa del comunismo a las masas argentinas, que ven en el retorno del ex presidente la satisfacción de sus nostalgias, al tiempo que creen también que se vería con ello arreglada la precaria situación económico-social que atraviesa el país. Pero esto es más problemático.

Una política económica poco meditada ha llevado al país al borde de la ruina. Se ha intentado industrializar la Argentina para hacerla independiente de los suministros exteriores. Pero esa industria vive de importaciones ya que, en gran parte, es sólo una industria de montaje y no de fabricación. Simultáneamente se contraían elevadísimas deudas en el exterior—3.000 millones de dólares—imposibles de amortizar con las tradicionales exportaciones del país, ya que mal podrían amortizarse con las exportaciones de la incipiente industria. Y se contraían también deudas en el interior, ante la huida del dinero metálico para adquirir dólares a precios cada vez más elevados. Particulares y empresas se han visto obligados a intentar liquidar sus deudas interiores mediante «pagarés» incobrables, cuya cuantía se eleva a miles de millones de pesos.

El Fondo Monetario Internacional fué llamado en auxilio. Pero sus doctrinas son frías como una regla de tres, buenas para la abstracción o la especulación de filosofía económica; malas para resolver el problema candente argentino porque hacen abstracción de factores psicológicos, humanos, sin cuya consideración es inútil pretender resolver un pleito tan humano como es el de la economía argentina. El F. M. I. no ha autorizado aumentos en la circulación fiduciaria, pero ello ha traído como consecuencia que los patronos suspendan los pagos de jornales o simplemente recurran al expediente de disminuir las horas de su jornada laboral. Y estas medidas han sido bastantes para que automáticamente se retraiga la demanda, provocando una contracción de la producción y, en ciertos casos, el cierre de aquellas fábricas que se habían resistido a reducir su producción y limitar sus manufacturas a la demanda. Así ha crecido el paro obrero para llegar a la cifra récord de 700.000 hombres sin trabajo, es decir, casi la quinta parte de la población total del Gran Buenos Aires, cifra extraordinaria que da idea de la magnitud de la catástrofe económico-social por la que atraviesa el país.

Cierre de industrias, paro obrero y, por si todo fuera poco, pertinaz sequía que reduce la producción agropecuaria, ya muy castigada a fuerza de impuestos que pretenden obtener dinero, como sea, para hacer frente a un déficit nacional presupuestario de unos 50.000 millones de pesos, cantidad a la que habría que añadir—junto al déficit internacional—las deudas de los gobiernos provinciales y municipales para dar una visión completa y real del estado económico del país.

No quiere esto decir que el problema económico sea la raíz y la base del problema nacional argentino. Antes por el contrario, creo que no cabe pensar en reestructuración económica mientras no se proceda a un saneamiento a fondo de la política. Pero la sucesión de revueltas y el fraccionamiento de las fuerzas en presencia no da término a pensar precisamente en que se estén adoptando las disposiciones políticas que el país reclama a gritos. Con la deposición de Frondizi se castigó políticamente al político fracasado, pero los que heredaron el Poder no han dado, con sus sucesivas revoluciones y contrarrevoluciones, sensación de unidad y claridad de criterio y de propósitos. Hasta ahora todos parecen dispuestos a coincidir en un punto: deseos de evitar un regreso victorioso del peronismo. Pero entran en violento desacuerdo en cuanto se trata de poner en ejecución las medidas destinadas a evitarlo. La revuelta de diciembre pasado y la más reciente de abril parecen inspiradas por desconfianza en que los actuales detenta-